

Más astuto que el viejo Camilo Canoso

Escrito por May Justus
Adaptado por Vivian Cuesta



Celebration Press

An Imprint of Pearson Learning

Arturo y su hijo Arturito vivían en Valle Hondo donde criaban perros de cacería. Sus perros zorreros eran los mejores de esa región del país. La gente venía de muchas partes para comprar sus perros, a veces desde otros estados.

Pero Arturito tenía un perro preferido que no estaba a la venta para nadie. Su nombre era Simpático pero le decían Simpa. A Arturito le habían ofrecido hasta cincuenta dólares por Simpa, y ése era un precio bastante alto en ese tiempo. Pero Arturito quería mucho a Simpa como para venderlo.

Dondequiera que Arturito iba Simpa lo seguía. Ese otoño, cuando empezó la escuela, la maestra puso una regla: todos los perros tenían que quedarse en casa. A Simpa se le partía el corazón cuando tenía que quedarse. Arturito no quería dejarlo, pero no podía hacer nada. Un día cuando Arturito iba en camino a la escuela oyó un ladrido conocido. Simpa venía corriendo detrás de él. Arturito se sintió tan mal que no tuvo corazón para regañarlo. Lo acarició por un rato. Entonces le dijo:
—Tengo que llevarte a casa aunque llegue tarde a la escuela.

Cuando iban subiendo la cuesta, tuvieron que pasar por la casa del viejo Camilo Canoso. Él estaba parado al lado de su portón, y cuando los vio, entendió lo que había pasado.



—¡Qué lástima que tu perro se escapó! —le dijo—.
Ahora vas a llegar tarde a la escuela y probablemente te van
a regañar. Pero Arturito, tengo una mejor idea. Deja a tu perro
conmigo y recógelo esta tarde cuando regreses a tu casa.

Arturito lo pensó por un momento. Sabía que el viejo Camilo tenía mala fama. A él se le sospechaba de robar graneros y gallineros. Y lo peor era que sus vecinos creían que él era ladrón de perros.

Arturito sabía de la fama del viejo Camilo. Pero nunca pensó que Simpa estuviera en ningún peligro. El viejo Camilo no sería capaz de robarle el perro en pleno día.

—Le agradezco mucho el favor —Arturito le dijo al viejo Camilo. Y con una última caricia a su perro, lo dejó con él y se apuró para llegar a la escuela a tiempo. Cuando estaba cruzando el patio de recreo, vio entrar al último alumno.

Arturito trató mucho de estudiar sus lecciones, pero no dejaba de pensar que había dejado a Simpa con el viejo Camilo. Algo le decía que no debía haber hecho eso. Este pensamiento era una molestia constante, y por eso se equivocó en tres palabras del examen de ortografía. El Sr. Recinos lo hizo quedarse después de clases para que se las aprendiera.

Cuando al fin pudo irse, salió corriendo por el sendero tan rápidamente que se lastimó el dedo del pie. Llegó a la casa del viejo Camilo cojeando bastante.

El viejo Camilo estaba recostado en el portón pero no había señas de Simpa.

—¿Dónde? ¿Dónde? —tartamudeó Arturito, y paró casi sin poder respirar.

—Hijo, te tengo malas noticias —le dijo el viejo Camilo, hablándole en un tono triste—. Tu perro se fue, se fue para siempre. Me disgusta decírtelo, pero pasó de esta manera. Después de que tú lo dejaste conmigo, se arrastró para una esquina y se hizo el muerto como una zarigüeya. Traté de animarlo. Le silbé; le hablé; le dí un pedazo de pan. Nada. Siguió haciéndose el muerto. Y entonces, desde el cielo vino un buitre enorme. ¡Se fue volando con Simpa más allá de la cima de la montaña! Es una lástima, pero eso es lo que pasó. Y el viejo Camilo sacudió la cabeza tristemente.

Arturito no creía ni una palabra de ese cuento tan loco. Sabía que el viejo Camilo tenía escondido a Simpa, y cuando pudiera lo iba a vender muy lejos de allí. Arturito sabía que el viejo Camilo estaba fingiendo una cara triste para engañarlo y que por dentro se estaba riendo.

En ese momento una mula que estaba comiendo hierba en el patio hechó la cabeza para atrás y rebuznó con un jii, jaa. Arturito sintió como si la mula se estaba riendo con el viejo Camilo. Se tragó un nudo que sintió en la garganta. Entonces volvió a tragar para no decir lo que se le vino a la mente.

Dio uno o dos pasos cojeando. Se miró el dedo del pie que se había lastimado.

—Sr. Canoso —le dijo—, el pie me duele muchísimo.
¿Me prestaría su mula para irme a mi casa?

—Creo que sí puedo hacerte ese favor —le dijo el viejo Camilo—. La voy a necesitar en la mañana muy temprano, pero me la puedes traer en camino a la escuela.

Arturito se acordó de que el día siguiente era sábado. Pero no le dijo nada del plan que se le había ocurrido. Se montó en la mula rápidamente. Entonces se acordó de sus buenos modales.

—Estoy muy agradecido por el favor —le dijo mientras se dirigía a su casa por el sendero.

A la mañana siguiente, Arturo y Arturito estaban recogiendo unos camotes. Como a las diez de la mañana, llegó el viejo Camilo más enojado que un avispon.

—¿Dónde está mi mula, Arturito? —le gritó al acercarse a ellos—. Te dije que la regresaras esta mañana, muy temprano, en camino a la escuela.



—Pero hoy es sábado —le dijo Arturito—. Yo no voy a la escuela los sábados. Me quedo en casa para ayudar a recoger camotes.

—No me importan tus excusas —le dijo el viejo Camilo—. ¿Dónde está mi mula? ¡Eso es todo lo que quiero saber y lo quiero saber ahora mismo!

La cara del viejo Camilo se puso tan roja como un tomate. Sacudió su dedo torcido casi en la cara de Arturito.

Arturito se inclinó sobre el mango del azadón y tristemente dijo: —Sr. Camilo Canoso, me disgusta decirle lo que le pasó a su mula. No sé, pero ayer cuando llegué a mi casa, la solté a pastar. Comió un poco y luego descansó. En eso llegaron unos buitres y la agarraron. Una bandada de buitres se fue volando con ella.

El viejo Camilo empezó a saltar con mucho coraje. —¡Lo que dices es una gran mentira! —le gritó—. ¡No hay una bandada de buitres que pueda volar con una mula!

Arturo se acercó y empezó a reírse a carcajadas que se oían por todas partes.

—Los buitres por aquí son muy fuertes —dijo él—. Si uno se puede llevar a un perro zorrero bien grande, ¡una bandada de buitres fácilmente se lleva a una mula!

Volvió a reírse y Arturito se rió también.

De pronto, el viejo Camilo se volteó y salió caminando por el sendero. Por primera vez, alguien había sido más astuto que él, y no sabía qué decir.

Esa noche mientras estaban cenando, Arturito y su papá oyeron un ladrido conocido por la puerta de atrás. Como te podrás imaginar, se oyeron gritos de alegría cuando entró Simpa. ¡No se sabe quién estaba más contento, el muchacho o su perro!

Al día siguiente, la mula del viejo Camilo lo despertó con un jii, jaa fuerte. Se asomó por la puerta de su cabaña y vio a la mula pastando en el patio.

Eso hubiera sido el final de este cuento, pero por supuesto no lo fue. La noticia viajó de arriba a abajo en Valle Hondo y por todos lados.

La gente de todos lados se burlaba del viejo Camilo por el truco que le había jugado al muchacho y su perro. Y cada vez que contaban el cuento hacían más alarde de Arturito.

—Le ganó al viejo Camilo en su propio juego —decían.

Dondequiera que iba y en cualquier momento, el viejo Camilo se encontraba con el cuento. Y tanto lo avergonzó que tuvo que mudarse muy lejos de Valle Hondo.